

Pasó sobre la tierra con demasiada rapidez este gran italiano, del que nos honramos transcribiendo aquí, casi como epitafio, y con la suavidad de su idioma mismo, unos versos suyos desconocidos, dedicados a su patria, y que nos hacen pensar en otro grande: Hugo Foscolo.

"... Hai spento ti tuoi grandi nell'alta indifferenza come la notte calando tra i monti seppellisce le cime; da vivi li hai pesti, da morti li hai dimenticati. E avvivando il tuo fasto del loro inutile martirio, hai dato i pochissimi eroi che non ebbero speranza. Perché dove mai la grandezza umana e il sacrificio rimasero sterili come sotto il tuo gran sole? E mentre ti stendi, opulenta d'un rigoglioso languore, nei secoli, il cielo cosparge di dolcezza gli esiliati che nutri e poi stremi; e la luce tinge di viola le tombe obliate dei grandi!"

MARIANO SILVA Y EL DIALOGO

Por FRANCISCO MONTERDE

DE Mariano Silva pudo haberse dicho, mientras vivía—y creo que aun no se ha escrito después de su muerte—, que era un hombre que amaba el diálogo.

Sobre todo, el diálogo vivo, oral. No era de aquellos que gozan fama de buenos conversadores, porque en la charla callejera o en la tertulia eventual, en un diálogo imponen su monólogo, satisfechos de hacerse oír de los demás, tanto como de escucharse.

Mariano Silva suscitaba el diálogo, la verdadera conversación—cambio de ideas, de opiniones, de noticias—, siempre que encontraba una voz amiga que le diera las réplicas esperadas.

Agil conversador, iba por las calles sin dejar interrumpido el diálogo, aun en medio de la agitación creciente del tránsito, en las horas más agitada de la ciudad; y en el campo sus comentarios eran un complemento del paisaje. Allí su voz grave rodaba por los caminos hasta perderse en la lejanía.

En la ciudad y en el campo, el excelente dialogador que fue Mariano Silva, tenía prontos la risa franca—si no la ancha sonrisa comprensiva—, el subrayado irónico, la gracia fresca.

Sembraba la conversación, más que de citas clásicas, de referencias oportunas y llamaba al interlocutor con diminutivos tan extraños como los nombres que solía dar a los personajes de sus novelas cortas y de sus cuentos. A veces empleaba frases castizas que en sus labios tenían un auténtico sabor de expresiones de la picaresca que deleitaría a Ramón Pérez de Ayala.

Cada día era, para Mariano Silva, un diálogo—apenas interrumpido por las pausas de silencio mientras se trasladaba de un lugar a otro, si iba solo—, que se iniciaba y concluía en el propio hogar, con hijos y esposa.

El escenario de ese placentero diálogo podía ser la escuela donde impartía enseñanzas entre profesores y alumnos extranjeros; el Instituto por él fundado, laboratorio de investigaciones lingüísticas alentado por su impulso; las aulas universitarias.

En éstas no sólo dialogaba al enseñar—latín, filología, dialectología, español, lenguas indígenas—: volvía a entablar un diálogo cuando formaba parte del Jurado Calificador, en pruebas finales, maestrías y doctorados.

Mariano Silva no era de los sinodales que en cada examen buscan una ocasión de personal lucimiento. Al examinar a un alumno, provocaba el diálogo; pero no procedía socráticamente, como un moderno ginecólogo de almas o inquisidor de verdades eternas, sino como amigo que conversa.

Sabía igualmente interrogar, en el campo, a los indígenas, que para él no eran herméticos. Así, dialogando, se complacía el amigo y se enriquecían los ficheros del lingüista.

Al escribir, como al enseñar, también conversaba Mariano Silva. Conversación de travieso erudito y al poeta que prefiere leer en las piedras antiguas, hay en *Arquilla de Marfil*. Conversación mesurada, de estrado provinciano, en *Cara de Virgen*. Conversación llana, sencilla, de maestro de párvulos, en *Anímula*. Conversación ingenua, de padre complaciente y atento, en *Campanitas de Plata*, y en sus cuentos de sabor popular, como aquel en que aparece *El Tío Coyote*, que llegaron a las más apartadas escuelas. Conversación afable, socarrona, irónica a veces, en sus últimos relatos: *Muñecos de Cuerda*. En éstos puede verse, a través de períodos numerosos, ese afán didáctico de exponer y explicar minuciosamente. Con nombres reminiscentes de Grecia y de Roma—Anacreonte, el poeta Lucrecio—atrae la atención del lector culto y se burla del apresurado reseñador de libros que al redactar sus notas se deja coger en la trampa de los títulos enumerados en el índice.

Desde sus libros continúa—y continuará—esa grata conversación de Mariano Silva. Para dialogar con él, bastará leerlos en voz alta, e imaginarse que es él mismo quien habla con nosotros.

Sin embargo, este amigo del diálogo, este amable conversador que fue Mariano Silva, pocas veces empleó, en su obra original, la forma dialogada.

Si en la vida cotidiana prefería conversar, al escribir más bien pensaba en él mismo; hablaba para sí. La confianza fluye, amistosa, en muchas de sus páginas. En más de un relato breve, Mariano Silva habla de sus experiencias y se

retrata en el espíritu de uno de sus personajes.

Sólo entonces él, que gustaba del diálogo vital, prefería narrar o describir.

Si el ambiente en que profesó conversando fuera propicio para la literatura dramática, Mariano Silva se hubiese visto fácilmente llevado hacia ella.

Como humanista, no podía esquivarla por completo; mas en Platón aprendió a encontrar el mismo deleite que proporciona la poesía dramática, dentro del suave discurrir de la filosofía puesta en coloquios.

Como, a su pesar, el teatro le atraía, escribió pequeñas obras dialogadas, con propósitos educativos; trasladó al lenguaje de nuestros días el ingenioso paso de *Las Aceitunas* y tradujo—en colaboración—*La comedia del que se casó con una mujer muda*, de Anatole France.

Como elemento integrante de la novela, de la novela corta o del cuento, Mariano Silva emplea más de tarde en tarde el diálogo; pero siempre acierta en él: lo mismo cuando reproduce—fácil ejercicio de lingüista y profesor de dialectología—los mexicanismos del chofer que acaba de cometer un crimen y está en vías de cometer otro, que cuando anima, con diálogo teatral—en el mejor sentido—la escena que se desarrolla a bordo de un barco nacional, en un puerto del Pacífico, durante una de nuestras revueltas.

Allí—*Lucía en el mar*—, la marinería y los pasajeros—entre los que figuran una italiana, un español, dos ingleses y un matrimonio de mexicanos—entablan una conversación. En ella, sin olvidar el realismo propio del asunto: una espera agotante, el poeta—que en la obra de Mariano Silva supo callar a tiempo—asoma sonriente y se complace en ofrecernos esta muestra de diálogo cosmopolita:

El capitán aparece y se detiene frente a Lucía, y se queda contemplándola, mientras ella continúa abstraída.

EL CAPITAN.—*Señorita, no se desespere usted, que dentro de tres horas partiremos y entonces nos refrescará el viento. (Acercándose más). ¿No me oye usted? ¿Está usted enojada con el capitán?*

LUCIA.—(Mirándole sin sorpresa). *¡Ojalá que sean nada más tres horas! Por lo demás, es muy*

agradable su barco. Nos hace sentir las emociones de las novelas de mar sin salir siquiera del puerto. Ya ve usted, unos ya se sienten náufragos y quieren echar suertes; yo me he imaginado prisionera de unos piratas y atada a este mástil dolorosamente. Todo es cuestión de imaginación, señor capitán.

EL CAPITAN.—(Bamboleándose). No, señorita. ¡Eso sí que no! ¿Ya ve usted este barco en donde está prisionera?...

LUCIA.—(Interrumpiendo con risas). No estoy, me siento, que no es lo mismo.

EL CAPITAN.—Pues bien... este barco donde se siente prisionera. Pues yo he llevado por los puertos de México otros peores, casi unas balsas, y, sin embargo, nada nos faltaba. Eran otros tiempos. Ahora la revolución ha venido a cambiarlo todo. Figúrese usted, no nos dejan salir, porque el Gobierno carrancista teme un asalto a Guaymas y quiere que nosotros ayudemos con nuestros cañones. Pero, ¿cuáles cañones, señorita? ¿Usted ha visto que éste sea un buque de guerra?... Ya pronto nos vamos... (Se va).

(Los dos ingleses, estirados, pasan hablando y fumando sus pipas).

PRIMER INGLÉS.—Un país de conquista es éste donde gobierna lo absurdo.

SEGUNDO INGLÉS.—Lo bueno para nosotros es que nos sentimos más libres que en la misma Inglaterra. Aquí nadie nos molesta, porque nadie se parece a nosotros, y allá cada inglés es imagen de otro inglés, y esto implica limitaciones intolerables.

PRIMER INGLÉS.—Esa es la situación de un momento; pero no vamos a vivir al día. Aquí no se puede establecer una costumbre, que es la base de los pueblos bien organizados. Todo lo que se hace aquí es para ser destruido al día siguiente. Los hombres se matan por nada y la vida no tiene importancia.

SEGUNDO INGLÉS.—La vida tiene importancia en tanto que nos cuesta trabajo mantenerla. Por eso me gusta este país, porque aquí vivir no es problema. Son las naciones que llamamos "pródigas", y no está mal darse una vuelta por ellas, aunque sea en este barquichuelo revolucionario.

(Se acercan a Lucía).

PRIMER INGLÉS.—(A Lucía). ¿Necesita usted algo, señora? Parece usted desolada.

LUCIA.—¡Oh, no, señores, muchas gracias! Estoy esperando simplemente que el capitán dé la orden de partir. Creo que será pronto.

SEGUNDO INGLÉS.—¿Es usted mexicana?

LUCIA.—Sí, señor, y viajo a Mazatlán en compañía de mi esposo.

PRIMER INGLÉS.—¿Y su esposo es revolucionario?

LUCIA.—(Sonriendo). Todavía no lo es. Ahora es simplemente comerciante. ¿Tiene usted miedo a los revolucionarios?

PRIMER INGLÉS.—¡Oh, no! Me gustan mucho; pero los encuentro muy poco enérgicos. No persisten en la misma idea, y mueren muy bien, pero de una manera poco provechosa.

LUCIA.—Las revoluciones siempre han sido madres que se comen a sus hijos; no sé dónde leí eso. Tienen momentos de descanso. Parece que duermen de saciedad o porque los hijos no valen. Entonces son las épocas de paz. Aquí, en México, ya ha habido algunas. Pero luego despierta la madre con más hambre. Por eso me parece injusto hablar mal de los revolucionarios, que son los hijos.

SEGUNDO INGLÉS.—Pero estos hijos ya debían educar a su madre o acabar con ella.

LUCIA.—(Animada). No pueden, porque sería ir contra el destino de la Nación, y allí todos se equivocan luchando.

(La actriz italiana se acerca).

ACTRIZ.—(A Lucía). Señora, ¿cómo se siente? Si male, es bueno que rimanezca tranquila. En mi juventute, venti anni, tuve que andare de un paese al altro per rappresentare en el teatro. ¡Grande cosa era questo teatro! Tuto si disponeba con molto ordine e il publico era piu intelligente que agora. En America e la cosa perduta. Io ricordo con amore il mio bello paese d'Italia.

LUCIA.—¿Y no cree usted que la juventud es la única gloria del teatro?

ACTRIZ.—Io non capisco, perque l'arte non a presente ni futuro, ma e sempre eterno. E i popoli qui honoran suos artistas sono i popoli grandi.

LUCIA.—Es posible, mia gentile diva. Cada quien es dueño de sus ilusiones. Las creamos, como las abejas la miel, y a veces no sabemos crear otra cosa durante la vida.

(Se oye un silbato ronco de barco. Llega el marido entusiasmado).

MARIDO.—¡Al fin nos vamos de este infierno! Ya sale el buque. (A Lucía). ¡Figúrate, que por hacer una experiencia, nos tenían aquí detenidos!

LUCIA.—¡Experiencia! ¿Cuál?

MARIDO.—*Para saber si un buque que defendiera a Guaymas podía resistir el hambre y la sed veinticuatro horas!...*

PRIMER INGLÉS.—*Oh, este país sin experiencia!...*

Con el fragmento transcrito quiero cerrar estas páginas sobre Mariano Silva y el diálogo, mientras evoco las conversaciones sostenidas con él, en las que ponía punto y aparte un cordial apretón de manos. Un apretón de manos como el que, sin sospecharlo, fue punto final de nuestro diálogo y de una amistad sin sombras.

IMPRESIONES DE VIAJE

PUEBLO EN DESGRACIA

Por FRANCISCO CURT LANGE

CIERTAMENTE el que penetra por el norte argentino en la República que debe su nombre al gran Libertador, no podrá en momento alguno recibir impresiones favorables sobre los adelantos del país, la situación social y la inquietud espiritual de sus habitantes. Tampoco le sucedería si ascendiera desde Tacna o desde Mollendo. La topografía, tanto del Sur del Perú como del Norte chileno y argentino, tiene algo de bondadoso para con el viajero y el país hermanos. El paisaje nos presenta, de un modo lento pero progresivo, esa transformación de la naturaleza y de los hombres, y cuando franqueamos la frontera y nos encontramos en Bolivia, ya no extrañamos ese nuevo mundo, porque el traslado se realizó sin violencias, ayudado por el paisaje, el clima y la población.

Después de Jujuy se asciende lentamente por la quebrada histórica de Humahuaca y se va perdiendo poco a poco todo vestigio de civilización. El verde de las arboledas y huertas cede a un color tierra fundamental que ejerce, a pesar de los

miles de variantes y de modulaciones sorpresivas o suaves, una impresión concluyente: desnudez, soledad, retroceso de las salientes. Se percibe claramente la sensación de lo plano; el individuo se pierde en una horizontalidad nueva que no tiene relación alguna con la que se experimenta en la pampa, en el océano, o en el desierto. Durante el ascenso al altiplano se produce un retorno hacia lo primitivo y una extraña mezcla de sentimientos: hay en nosotros una vergüenza poco disimulada por las exterioridades infinitas que complican nuestra vida en lo bajo. Cada metro que ganamos en altura nos hace más libres y más sencillos. Sentimos con el aire purísimo de la altiplanicie la posibilidad de un regreso hacia la sencillez psíquica y de un mejor enfoque de los problemas fundamentales de nuestra vida. Y mientras el *serojche* (1) prepara severamente nuestro físico hacia la absorción telúrica, se agranda nuestra voluntad de ser nueva-

(1) Mal de la montaña que suele llamarse también *puna*.